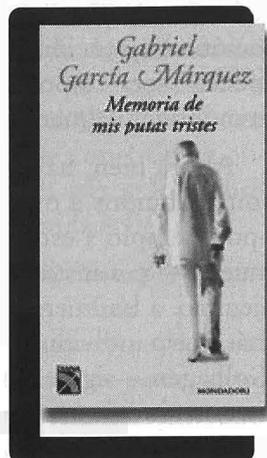


Memoria de mis putas tristes

(El último libro de Gabriel García Márquez)

Cuando Gabriel García Márquez publicó *Vivir para contarla* (Bogotá, Norma, 2002) — una especie de autobiografía novelada— los comentarios favorables no se hicieron esperar. En los círculos de la crítica literaria salvadoreña sobraron los que, tras aplaudir el libro, no dudaron en ver en García Márquez al representante más grande de las letras latinoamericanas. Curiosamente, con el último libro del escritor colombiano, *Memoria de mis putas tristes*, las cosas han sido distintas: aparte de los ritos propios de la promoción y la publicidad, no ha habido ni comentarios críticos ni alabanzas desafortadas, sino silencio e indiferencia.



A lo mejor, a quienes antes han alabado la grandeza de García Márquez, los defraudó su última novela. Quizá su mismo título les resultó incómodo, por aquello de la moralina criolla, o no encontraron en ella la promesa de ver completada la autobiografía del autor, recogida parcialmente en *Vivir para contarla*, o les pareció que, simple y llanamente, la novela desdice de la grandeza literaria del colombiano. Es una lástima que quienes, antes no han reparado en elogios a favor de García Márquez, no hayan dicho nada acerca de su último libro; un libro que, por el silencio y la indiferencia reinantes, cabe presumir que no colmó las expectativas de sus seguidores más fieles.

De cualquier modo, el silencio y la indiferencia que rondan *Memoria de mis putas tristes* son entendibles, a juzgar por lo que cabría esperar de un autor que, con todo derecho, es uno de los grandes de la literatura latinoamericana. Y es que *Memorias de mis putas tristes* está muy por debajo de lo que, con su oficio y su experiencia de narrador, García Márquez puede crear literariamente. No hay que ser especialista en análisis literario —basta con ser un buen lector de novelas— para caer en la cuenta de la pobreza narrativa y de recursos que caracterizan a la última obra del colombiano. Hay una repetición de usos que ya son tradicionales en su escritura —la narración realista y lineal, por ejemplo— que, a fuerza de haber sido utilizados una y otra vez, ya no ayudan a que el lector viva la realidad de la novela como otra realidad.

El amor de un anciano de noventa años por una niña de catorce —eje narrativo central de la novela— no es ni heroico ni antiheroico: es patético. Se trata de un patetismo propio de la situaciones reales en las que los humanos batallan contra el tiempo, la vejez y el deterioro físico sin poder derrotarlos. Hace treinta años, con criterios estéticos más

pedestres —propios, por ejemplo, del “realismo socialista”— y con una visión de la realidad centrada en el macho —en la que, para el caso, la conquista de niñas por ancianos decrepitos era digna de las mayores alabanzas— *Memoria de mis putas tristes* hubiera sido tomada como una obra maestra.

En la actualidad, las cosas son distintas. Los criterios estéticos se han hecho más sutiles y complejos; en la literatura, se trata de recrear la realidad no de describirla, es decir, se trata de inventar realidades distintas a la existentes, pero que, con la persuasión del autor, el lector se la crea como verdaderas. Tampoco se puede obviar la nueva sensibilidad acerca de los derechos de las mujeres, sobre todo de las menores de edad. No es que al escritor le esté vedado abordar literariamente temas como el amor y la pasión que pueden generarse entre hombres adultos y niñas (o niños) menores de edad. No se trata, asimismo, de que el escritor deba moralizar acerca de esas relaciones. Su tarea, usando los artificios del lenguaje, consiste en inventar un mundo que atrape su complejidad y su drama.

Esto último es lo que se extraña en *Memoria de mis putas tristes*; García Márquez compromete tanto sus energías literarias

en transmitir el mensaje de que está bien que un anciano nonagenario se enamore ciegamente de una niña —la novela es una especie de apología del anciano atrapado en esa relación— que se olvida de reconstruir, como ficción, la complejidad y drama propios de situaciones de esa naturaleza. Si, como sostiene Mario Vargas Llosa, la novela es una ficción que se hace pasar como una realidad verdadera, García Márquez no logra hacernos creer la verdad de su mentira. Y es que en *Memoria*

de mis putas tristes el realismo se traga a la ficción.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

NOTAS

1. Tal como lo hace Hannah Arendt en su obra *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Taurus, 1999.
2. Quienes, siendo parte de esa élite, como los miembros de la Escuela de Frankfurt, se opusieron a ese antisemitismo eliminador fueron perseguidos y calumniados por los nacionalistas, al punto de verse obligados, a muchos de ellos, a marcharse al exilio.

